

Salman Rushdie

Furia

Miguel Sáenz Sagaseta (trad.), 2ª ed., Plaza y Janés, Barcelona, 2002, 336 págs.

Juan Francisco García Marañón

Académico retirado y exitoso vendedor de muñecas e historias de ciencia ficción, Malik Solanka es un hombre iracundo que batalla por llevar la fiesta en paz en las poco amigables calles de Nueva York. Se trata de un individuo refinado que renta un departamento en ocho mil dólares al mes, de modo que la furia de Solanka corresponde a otros ámbitos y se desvuelve en otros planos.

Inequívocamente, Salman Rushdie habla con los labios de su personaje. Muy pronto lo deja en claro: el escritor se vale de la experiencia personal para, mediante la alquimia del arte, transformarla y ofrecerla como ajena (pág. 27). Es el valor de trabajar como los grandes toreros, más cerca del toro, expresa el autor. *Salman Solanka* se vale de la obra como un autoexorcismo. La ira descontrolada, fuera de cauce; no la furia generadora de creación, sino aquella trastocada en sordera, intolerancia; la furia autodestructiva que amenaza, la que suele perdurar. La furia de conducir: un taxista islámico arremete contra un colega en urdu, lengua materna de Solanka (pág. 89); es su primer día. La furia del mundo al revés: cuando en los años setenta era vergonzoso vivir de la publicidad, entrando al nuevo milenio todos queremos participar en ese rico pastel, en el que todo es engaño a cambio de una buena cantidad de billetes (pág. 50). Valores huecos que aquejan al profesor Solanka.

A esta pobreza no material ha arribado el mundo contemporáneo, el mundo de nuevos iconos y *gags*: Buzz

! *entertainment*. Ya no es suficiente la confortable máxima del *bago esto porque puedo*: el dinero no importa, el mundo está asustado porque la gente tiembla interiormente (pág. 149). Esta deriva ocasiona naufragios cotidianos. Con énfasis, concluye Solanka, después de una disertación sobre el espíritu hipocrático del galeno actual: vivimos en un mundo en el cual, para ser felices, hay que ser egoístas (pág. 236).

No resulta extraño que el caldo de cultivo de las furias posmodernas sea la ciudad en la que ha sido factible derrumbar estructuras, un par de ellas, al menos; la nación, que responde con mayor furia e intransigencia, como si fuera devorando sus propios intestinos. El país de los inmigrantes no deja de asumir su papel de inquisidor xenófobo.

En el transcurso de su liberación, Rushdie entreteje las relaciones de Solanka con el mundo exterior, reflejado en un colega de la academia británica: *Tontón*; se da tiempo para efectuar un balance de amores —con una *hacker* clandestina, con su ex mujer acaparadora de la imagen del primogénito, con una hermosa mujer india que causa accidentes callejeros— e incluso logra resolver un homicidio.

El punto de vista de Rushdie escudriña estructuras hasta pretender vaticinar el aplastamiento de los sueños en un país donde el derecho a soñar era la piedra angular de la ideología nacional (pág. 238). Por si esto fuera poco, la manzana de las calles perpendiculares a la 5ª avenida, a las que nunca baja el sol; la manzana de los rostros cosmopolitas, la de los *yankees* y *Saturday Night Live*, se ha convertido en objeto y meta de concupiscencia (pág. 14).

Un bemo en *Furia*: la cólera orgánica es impedimento para la reflexión, lo que nunca deja de hacer Solanka. ♣

Bernardo Atxaga

Obabakoak

(trad. del autor), 13ª ed., Punto de Lectura, España, 2000, 496 págs.

Lista de locos y otros alfabetos (trad. del autor), Siruela, Madrid, 1998, 253 págs.

Mario Carrasco Teja

Si una palabra define la obra de Bernardo Atxaga, seudónimo de Joseba Irazu Garmendia (Guipúzcoa, Euskadi, 1951), ésta es “honestidad”, pues en ella se apoya para explorar el método del plagio como principio lúdico y renovador de la escritura, desmenuzado en dos de sus libros:

Incluida en *Lista de locos y otros alfabetos*, “Leccioncilla sobre el plagio o alfabeto que acaba en P” se remonta hasta el origen de la palabra *plagiare*; recorre, desde Virgilio, la evolución de la *imitatio* como canon literario y revela parte del proceso creativo de *Obabakoak*, el segundo título referido, Premio Nacional de Literatura en España (1989) y casi imposible de catalogar: *Obabakoak* es una colección ya de relatos, ya de novelas, o en otras palabras, una muñeca rusa cuyas piezas más pequeñas contienen, contra la lógica y el lugar común, a las más grandes.

En “Infancias” y “Nueve palabras en honor del pueblo de Villamediana”, las primeras dos partes, aquel método se insinúa mediante la suplantación, apropiación y/o imputación de nombres, biografías, domicilios y tradiciones literarias, inclusive. En la tercera, “En busca de la última palabra”, una *road novel* hacia la imaginaria Obaba, las narraciones contienen ejemplos explícitos de plagios, son en sí mismos un plagio ejemplar o exponen las pautas para escribirlo.